

LA INFAMIA

ÁNGEL AMARÍS HERNÁNDEZ

-¡Humboldt, despierta! –se oyó una voz femenina en el exterior de una habitación y a través de su puerta fabricada con una doble capa de madera de pino- ¡Debes irte para la casa de nuestros padres si quieres librarte de esos manifestantes... esa ONG feminista organizó una marcha y se dirigen hacia acá, lo acabo de ver en las noticias!

-¡¿Cómo dices?! –expresó él, quien en realidad permanecía despierto e incapaz de conciliar el sueño, pues hacía dos días que su esposa Nohemí había desaparecido en altamar sin explicación alguna- ¡Pero ya le dije a las autoridades lo que pasó!... ¿Por qué permiten que me acosen de esa manera?... Entra por favor.

-Es que todo ha sido muy extraño. -continuó la chica ya dentro, quien además era su hermana-

-¿Tú tampoco me crees, verdad? –le reclamó él sentado frente a un televisor en la sala de la pequeña cabaña que era de propiedad de la muchacha y estaba ubicada en la playa-

-Pero... sólo me has dicho lo mismo que he escuchado en los noticieros: Nohemí desapareció en el mar y no se sabe ni cómo, ni cuándo, ni dónde... –hablaba ella intentando no irritarlo demasiado, pues conocía su fuerte temperamento cuando estaba bajo presión-

-¡Crees que la maté, ¿no es así?! –dijo el empresario aumentando el tono de la voz y haciendo que su interlocutora retrocediera un poco-
¡Por Dios Kate, tú me conoces!

-Lo importante ahora es tratar de convencer a las autoridades que estás diciendo la verdad; - prosiguió la bella rubia de ojos azules- nuestro padre contrató a los mejores abogados de toda La Florida para que te ayuden en esto. Lo que más me inquieta es el despliegue publicitario que este

asunto ha generado y las organizaciones feministas piden tu cabeza sin contemplaciones. Iniciaron las movilizaciones apenas regresaste con la noticia de la desaparición de Nohemí y están presionando a la Fiscalía para que te arresten... Si tan sólo me contaras lo que ocurrió el grupo de abogados de nuestra familia lograría grandes beneficios para ti, como puede ser... un tiempo mínimo de condena...

-¡¿Estás hablando en serio?! –gritó Humboldt logrando que su hermana se sentara instintivamente en el sofá de la sala- ¡No estaré ni un solo día en la cárcel porque yo no maté a Nohemí; y como veo que nadie cree en mi inocencia no me queda más remedio que resolver este asunto por mis propios medios! ¿Sabes dónde está el yate?

-La policía lo tiene confiscado ahí donde lo dejaste, pero... ¿por qué lo preguntas? –interrogó Kate-

-¡Ya te lo dije, voy a solucionar esto de una vez por todas! –dijo él colocándose rápidamente un

pantalón, una camisa y unos zapatos todos de color negro-

-Pero... ¿qué piensas hacer ahora? –inquirió con preocupación la joven persiguiéndolo de aquí para allá al interior de la cabaña mientras terminaba él de vestirse- ¡Sabes que no debes salir de la ciudad hasta que terminen las investigaciones!

-¡Ustedes no me dejan otra alternativa! –dijo Humboldt observando su billetera y haciendo un gesto de satisfacción al comprobar que en su interior aún se encontraban copias de las llaves del yate y de su casa que colocó ahí por si alguna vez extraviaba las originales- No te preocupes... te llamaré pronto.

-¡Humboldt, regresa! –gritaba la chica mientras veía cómo su hermano atravesaba la playa colocándose unas gafas y un sombrero también de color negro hasta llegar a una carretera en donde se subió a un taxi que partió a toda velocidad- ¡Si te ven fuera de Miami te meterás en serios problemas!

El vehículo recorrió rápidamente la zona costera de esa parte de la ciudad y llegó a algo parecido a un muelle custodiado por dos agentes de policía que permanecían uno en la proa y otro en la parte trasera del yate de Humboldt. Debía elaborar un plan para lograr lo que se había propuesto y decidió aguardar un poco sentado en una banca en la que también estaba un pescador esperando que algo quedara atrapado en el anzuelo que hacía varias horas había lanzado al agua.

-Dígame, amigo, ¿acaso no es ese el yate del tipo que apareció ayer en las noticias? –se dirigió el preocupado hombre al anciano tratando de ocultar su rostro con el sombrero lo más que podía-

-Sí, es ese; -respondió el viejo- ¿qué tal el descarado de ese sujeto?, ¿se lleva a su mujer al mar, la desaparece y luego viene con el cuento que no sabe nada! Tipos como él deberían estar condenados a cadena perpetua o a la silla eléctrica... ¿no cree usted lo mismo?

-Sí... por supuesto; -contestó Humboldt intentando de mil maneras evitar hacer contacto visual con el

septuagenario pescador- pero dígame una cosa...
¿esos son todos los policías que están vigilando el yate?

-Así es... dos en el día y dos en la noche; -continuó el interlocutor del empresario- pero... ¿por qué hace usted tantas preguntas?

-¡No!... no es nada; -se apresuró a decir el ya inquieto hombre- es que me llamó mucho la atención que siendo ese un caso tan publicitado no estuviera el barco mucho más resguardado.

-Pues... ya que lo menciona, sí; -prosiguió su venerable acompañante- pero ya sabe usted cómo son las cosas. Si se tratara de un pobretón o un afrodescendiente de seguro caería todo el cuerpo policial encima de los infortunados...

-Tiene usted toda la razón mi amigo, -dijo Humboldt procurando a la vez no dar pistas a su compañero de diálogo sobre su identidad- así son las cosas con nuestro sistema judicial, ni más ni menos...

-Y... a propósito, ¿vive usted por aquí? -preguntó el ya entrado en años pescador haciendo un

esfuerzo por distinguir plenamente el rostro de quien le entablaba aquella conversación- Veo que le interesa bastante este asunto, ¿acaso es usted periodista o algo así? En estos últimos dos días han venido varios para tomar fotos del interior del yate pero lo único que han logrado es lo mismo que usted: hablar conmigo.

-Entiendo... y... sí, trabajo para una revista; - aprovechó el inversionista para justificar su inquisitoria conversación- pero... ¿a qué horas hacen el cambio de turno los guardianes? Me gustaría tratar de hablar con alguno de ellos para ver si logro sacarle alguna primicia...

-Justo a las seis en punto. -respondió el viejo- En todo caso le deseo suerte, la necesitará, pues esos tipos sólo se despegan de ese barco cuando llega algún superior y deben acercarse a él para recibir instrucciones.

-Bueno... le agradezco su información; -dijo Humboldt levantándose de la banca- creo que debo retirarme, las noticias están en todas partes... Aquí tiene cien dólares.

-¡Gracias señor! –exclamó tembloroso el anciano-
¡Vuelva por aquí cuando quiera!

-De hecho... -se detuvo un instante el empresario-
manténgame informado de lo que ocurra de aquí
hasta la hora del cambio de guardia y sabré
recompensarlo.

-¡Cuenta con eso! –dijo el pescador al borde de la
euforia-

-Aquí tiene mi número de teléfono; -expresó el
inversionista en tono concluyente- por lo pronto,
manténgase muy atento en cuanto a la hora en que
los guardianes reciben su alimentación, pues por lo
que veo ese momento y el del cambio de guardia
son los únicos que puedo aprovechar para tomar
algunas fotos ayudándome con algunos aparatos
que poseo, drones y cosas así...

-Está bien; -aceptó el longevo personaje- sólo
espero que no me meta en líos con la policía...

Resolvió después de esa charla el angustiado
hombre de negocios alquilar una pequeña
habitación ubicada bastante cerca del lugar en el